# Hallazgo, recuperación y restauración de un ancla romana

Guillermo Merino,
Asociación Melillense de Submarinismo.
Luis Cardalliaguet
Director de la Casa de Oficios del Patrimonio

## Hallazgo y recuperación de un ancla romana

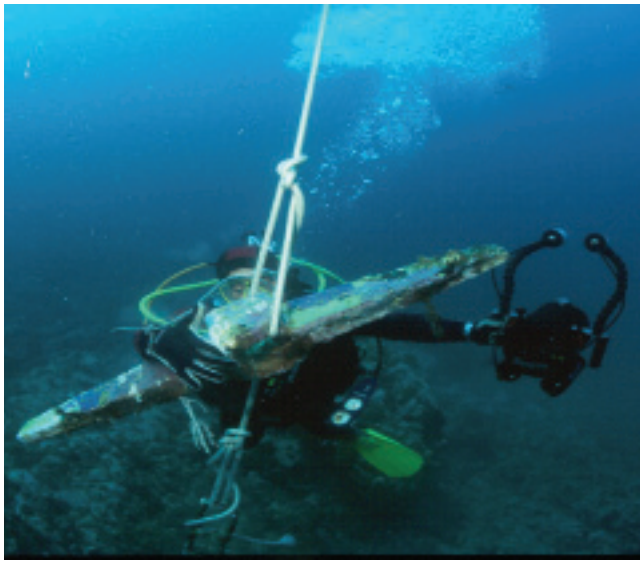
Guillermo Merino

Para los que practicamos el Buceo Autónomo Recreativo en Melilla, un acontecimiento como el ocurrido el 19 de marzo del 2002, nos motiva a seguir actuando con más ilusión aún, en nuestro deporte favorito. Desde estas páginas no obstante, nos gustaría aclarar que nuestra actuación fue como consecuencia de un hallazgo casual y que sabedores de la importancia del mismo, procedimos al rescate del material y a la inmediata puesta en conocimiento y depósito de los restos hallados, en el Museo de la Ciudad.

Esa mañana había amanecido fantástica para practicar el buceo y como viene siendo habitual en estos casos contactamos telefónicamente entre nosotros y decidimos aprovechar la ocasión para salir al mar .Sobre las 10" nos encontramos en el Puerto Deportivo para preparar los equipos de inmersión, la embarcación y planificar las acciones. Nos llevamos una grata sorpresa, pues siempre es importante llevar un buen barquero que aguarde en la embarcación a que termine la inmersión y que esté atento a cualquier eventualidad que pudiera surgir, y aquel día, Segundo, hermano de uno de nosotros, decidió acompañarnos. Parecía que todas las piezas se iban encajando sin ser nosotros apenas conscientes de ello, pues la ayuda que éste prestó horas después fue determinante.

Terminada la planificación de las posibles inmersiones que se podían hacer aquel día preparamos y aseguramos todos los equipos en la embarcación. Realizamos las correspondientes comprobaciones de última hora y sin más nos dirigimos a uno de los enclaves de sobra conocido por nosotros y que forma parte del conjunto de la maravillosa oferta de buceo que nos ofrece la escarpada y casi deshabitada costa oriental del Cabo Tres Forcas. Pero la claridad del agua era tan buena que decidimos, sobre la marcha, cambiar de ubicación y realizar la inmersión más cerca, en la parte norte de los acantilados de "Aguadú", a pocos minutos del puerto de Melilla, lo que garantizaba una pronta vuelta al puerto. En realidad, al día de hoy aun no sabemos con certeza que fue lo que nos hizo modificar el rumbo, quizás, aquel cambio repentino de planes, iba a ser premonitorio de lo que pasaría...

Fondeada la embarcación, nos pusimos los equipos de inmersión. El agua estaba prácticamente inmóvil y con una claridad excelente que permitía ver con detalle, desde la superficie, las piedras del fondo. Con todos los buceadores preparados, descendimos por el cabo hasta el lecho marino situado a unos quince metros de profundidad, aseguramos el ancla, trazamos el rumbo y empezamos a disfrutar del entorno, no demasiado vistoso, pero siempre interesante, que conocíamos bastante bien por la cantidad de inmersiones ya realizadas en la zona.



Hay una máxima en buceo, que indica que todas las inmersiones son distintas aunque te hayas sumergido, como era el caso, numerosas veces en el mismo lugar. Eso se iba a cumplir con creces esa maravillosa mañana de marzo.

Así a los pocos minutos, Francisco Sánchez, unos de nuestros compañeros habituales de inmersión, amante del mar y destacado deportista hacía indicaciones para que nos detuviéramos. Algo parecía haberle llamado la atención. Al instante, hacia sonar el avisador de su chaleco y movía las manos con cierto nerviosismo indicando que nos acercáramos al lugar donde se encontraba: una formación rocosa de poca altura y con una piedra de considerable tamaño que la coronaba. Cuando estábamos ya cerca de él, se posó sobre el lecho rocoso y lentamente acarició, consciente de la delicadeza de lo que mostraba, algo que resaltaba sobre el entorno por sus formas rectas y casi simétricas, aparentemente pesado y con poca apariencia de haber sido afectado por el paso del tiempo y el efecto del mar. Nos quedamos estupefactos y no dábamos crédito a lo que nuestros ojos veían. Pero reaccionamos con prontitud, pues sabíamos que algún día podía ocurrir algo parecido en esas aguas, ya que durante siglos habían sido surcadas por distintos pobladores (fenicios, romanos, cartagineses, etc.) y esa forma nos era muy familiar; enseguida nos vinieron a la mente imágenes del Museo de Melilla donde habíamos disfrutado en distintas ocasiones con cepos de ancla similares al que en ese momento, bajo el agua y muchos siglos después de que allí fuera abandonado, podíamos tocar con nuestras manos. Con la particularidad de que éste era considerablemente más grande que los que habíamos visto en el Museo. Los nervios y la emoción nos embargaron y nuestros corazones parecían salirse del traje de neopreno. Las sorpresas acababan de empezar.

Sabedores de que aquel hallazgo debía ser tratado con la cautela, procedimos a elaborar un plan de actuaciones sobre la marcha encaminado a la correcta recuperación de la pieza y su consiguiente extracción del medio marino. Dos de nuestros compañeros subieron a superficie para comunicar al barquero lo que abajo había ocurrido, coger cabos y situar la embarcación justo encima del sitio. Hicimos pasar un cabo por el orificio central del cepo y lanzamos una boya de posición desde el fondo para que nuestro compañero que se encontraba en el barco, procediera a la marcación GPS del lugar exacto donde había sido descubierto. Como éramos cuatro buceadores decidimos batir la zona hacia los cuatro puntos cardinales en un radio de aproximadamente cincuenta metros con idas y venidas trazando ángulos de 10º, lo que nos permitió comprobar que no existía alrededor de la pieza resto alguno que indicara la posibilidad de presencia de algún naufragio. La sorpresa llegó mas tarde cuando nos encontrábamos tomando las fotografías y filmando imágenes del cepo. Francisco, que deambulaba tras los que realizábamos la operación, se topó a escasos tres metros del cepo y hacia poniente con lo que sería la segunda pieza metálica, un zuncho, de suma importancia en las anclas de la época ya que unía la caña con las uñas. También de plomo como la anterior, lo que motivó, por su alto nivel contaminante, que apenas sufriera alteraciones y que prácticamente nada, con el paso de los siglos, se adhiriera a ellas. Este segundo hallazgo fue definitivo para dilucidar lo que pudo ocurrir casi dos mil años atrás, para que esas piezas se encontraran en aquel lugar.

Trazando una línea recta entre las piezas, separadas por escasos tres metros, se podía comprobar que siendo el cepo la parte trasera del ancla y la segunda de las piezas encontradas la que unía las uñas del ancla con su caña y con su peso la hacía vencer, ese ancla imaginaria apuntaba con toda claridad al poniente. La mitad del cepo se encontraba introducido en un agujero de la roca. Los acantilados de la zona son un refugio perfecto para los temporales de poniente. Era claro lo que allí ocurrió: El barco, de importante eslora, por la dimensión del cepo y en consecuencia del ancla, se protegió de uno de esos temporales en aquel lugar, todo lo que su calado le permitía y al ir a recuperar el ancla, que sin duda había garreado, descubrieron que algo lo impedía, el cepo se había introducido en la abertura de la roca e impedía cobrar el ancla a bordo.

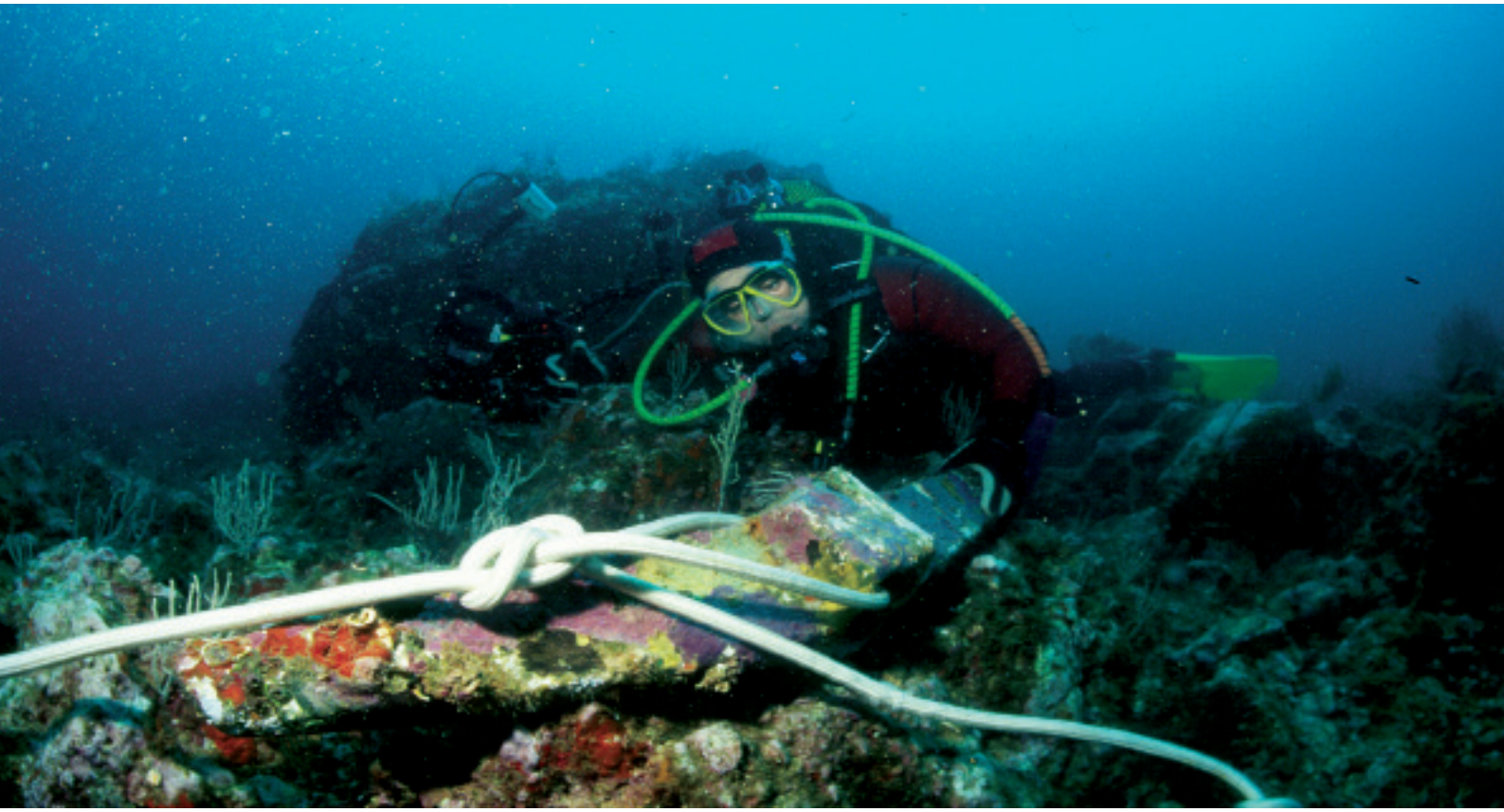
Estos buques iban preparados para estos accidentes y podían llevar en cubierta hasta cuatro o más anclas. Cortaron el cabo, la abandonaron y zarparon sin más.

Procedimos a tomar fotografías y filmaciones de la segunda pieza y la aseguramos junto a la primera para iniciar las labores de recuperación y extracción de las mismas. La operación fue dura, demasiado dura para todos pues al haber sido un encuentro fortuito no íbamos equipados con los materiales necesarios para labores de éste tipo como globos y molinetes. Así la recuperación se hizo a mano, cuidadosa y lentamente las piezas fueron abandonando el lugar donde habían estado reposando tantos años. Se tardaron unos treinta y cinco minutos en superar la columna de quince metros de agua que separaba el lecho marino de la embarcación debido al peso de las piezas y no querer realizar movimientos bruscos que dejaran caer a peso a las mismas.

Fueron muchas las emociones vividas en aquellos momentos, pero quizás la mas destacable fue el momento en el que desde la embarcación vimos asomarse las dos pesadas piezas y fueron cobradas a bordo. El silencio se hizo dueño de la situación, probablemente por que en cada una de nuestras cabezas iban y venían aventuras de viejos barcos cargados de tripulantes de antiguas civilizaciones, mercaderías, ánforas, armas, cañones, etc. Y uno de ellos dejó como único testigo de su paso por esas aguas aquellos restos de lo que en su día fue una impresionante ancla de madera.

Casi no dábamos crédito a lo ocurrido a quince metros bajo la superficie, pero éramos conscientes de la importancia de lo que habíamos encontrado y como podréis imaginar, de vuelta al puerto de Melilla el júbilo en el barco fue absoluto. Estábamos muy contentos y satisfechos, pues una parte de nuestro patrimonio cultural había sido rescatado del fondo del mar por nosotros y eso, era importante para todos.

Ya en tierra firme, conscientes de que la ley obliga a comunicar este tipo de hallazgos aunque sean realizados de manera fortuita y dado que teníamos el teléfono de Rocío, Directora Técnica del Museo de la Ciudad Autónoma de Melilla, decidimos ponernos en contacto inmediatamente con ella. La Directora mostró una gran alegría por el descubrimiento y puso a nuestra disposición todos los medios del museo para el inmediato depósito de los restos, su conservación y posterior restauración.



Hoy estos restos depositados en el Museo de la ciudad se encuentran en fase de restauración y estamos seguros de que una vez concluida la misma, podremos observarlos en su plenitud.

Así, aquella inmersión que en un principio se presentaba como una de tantas realizadas en aquella zona, se convirtió por azar en algo que para todos los que participamos en ella será difícil de olvidar y que sin duda alguna, ratifica algo de lo que siempre hemos estado seguros; el mar siempre guarda alguna buena sorpresa para los que sienten algo especial por él y en éste caso, no fue menos.

# Restauracion y recreación del ancla

Luis Cardalliaguet

Siempre es emocionante, el enfrentarse con la recuperación, restauración y sí es posible la recreación de piezas y restos arqueológicos. También es cierto que siempre me causa un sentimiento de responsabilidad, pues la experiencia me ha enseñado que en cualquier momento surge lo imprevisto.

En este proyecto he partido de dos piezas ( foto 1y2 ), rescatadas del fondo marino por submarinistas de nuestra Ciudad Autónoma de Melilla.

Estas piezas retenían gran cantidad de materia orgánica e inorgánica adherida a su superficie, fruto de los cientos de años reposando en el fondo del mediterráneo. Son fácilmente identificables como pertenecientes a un ancla de tamaño considerable.

Este trabajo lo he desarrollado en la Casa de Oficios del Patrimonio A y C, de nuestra Ciudad, sirviendo de este modo a la formación y prácticas de los alumnos de este Centro.

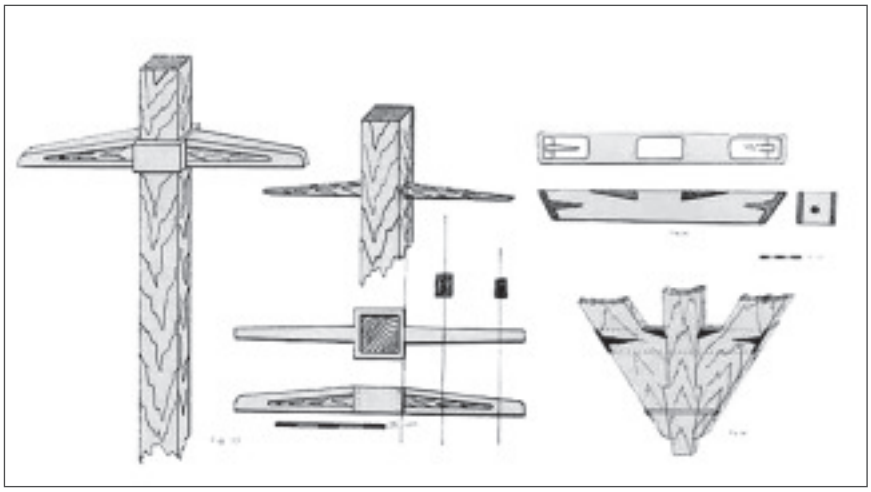
En una primera fase, se procedió al estudio de las piezas como formas, material, peso y estado de las mismas, y se realizaron dibujos.

En una siguiente fase se procedió a retirar la materia orgánica causante de malos olores en su descomposición, así como el material inorgánico poco adherido o susceptible de desprenderse de las piezas; este trabajo se llevo a cabo con sumo cuidado de que las piezas no perdieran la pátina que el mar y los siglos han dejado en ellas.

Para finalizar esta fase del proceso se procedió a la impregnación, fijación, y aislamiento de las piezas en su estado actual de forma que la oxidación del ambiente altere lo menos posible sus cualidades cromáticas.

En esta fase, se ha tenido en cuenta que las piezas están fabricadas de plomo, lo que hubiera podido producir reacciones químicas toxicas, por este motivo se han utilizado en mayor medida elastómeros y siliconas.

Por ultimo entramos en la fase mas gratificante de reconstrucción y recreación del ancla: para ello he contado con toda la documentación tanto histórica como fotográfica que me proporciono la Directora Técnica del Museo Provincial de nuestra Ciudad Autónoma de Melilla, así como los dibujos a diferentes escalas que levanté en la primera fase del proyecto.

Basándome en los dibujos, se procedió a la talla de las diferentes piezas de madera que compone su nomenclatura; estas piezas, después de ensambladas, procedí a darles la patina y textura que la madera adquiere con el tiempo, el mar y el uso dentro de un barco, pero teniendo especial interés en respetar la diferenciación con las piezas arqueológicas.

En la recreación final, he puesto los amarres del ancla con cabos de esparto y pita, reproduciendo los nudos utilizados en la época.